

á la república y Augereau por su jacobinismo, se negaron á ceder, y aun comunicaron sus temores á todos los patriotas de los Quinientos; pero la mayor parte de los militares estaban ya ganados. Moreau, republicano sincero, pero sospechoso á los patriotas, que era el partido dominante, y descontento del Directorio que tan mal había recompensado sus talentos, no tenía más recurso que Bonaparte, y halagado, seducido por éste y sufriendo sin gran disgusto su superioridad, declaró al fin que coadyuvaría á todos sus proyectos; pero no quería que le confiasen secreto alguno, porque aborrecía las intrigas políticas, deseando solamente que se valiesen de él en el momento oportuno.

A la sazón estaban en París el 8.º y 9.º regimientos de dragones, que habían servido antiguamente á las órdenes de Bonaparte en Italia, y que entonces como ahora eran del todo suyos; lo mismo sucedía con el 21.º de cazadores que organizó cuando mandaba el ejército del interior y al cual perteneció Murat en otro tiempo. Estos regimientos pedían siempre desfilar por delante de él, y también los oficiales de la guarnición y ayudantes de la guardia nacional solicitaban que les admitiese á cumplimentarle, pero aún no lo habían logrado, porque lo iba aplazando para que este recibimiento concu-riese con sus planes.

Sus dos hermanos Luciano y José y los diputados de su partido no descansaron en tanto, haciendo cada día nuevos prosélitos en los Consejos.

Señalóse para el día 15 brumario una entrevista con Sieyes, con objeto de acordar el plan y los medios de su ejecución; en dicho día debían dar también un banquete al general Bonaparte los Consejos, como se hizo cuando regresó de Italia, si bien ahora no lo efectuaban de oficio como entonces. Propúsose el plan en junta secreta; pero los Quinientos, que en el primer instante del desembarco habían nombrado á Luciano presidente, para honrar al general en la persona de su hermano, desconfiaba ya y no querían asistir al banquete. Decidióse entonces darlo por subscripción, y, sin embargo, llegó á unos setecientos el número de subscriptores. Verificóse al fin la comida en la iglesia de San Sulpicio; pero estuvo poco animada, porque todos se observaban y guardaban la mayor reserva. Bonaparte se mantuvo sombrío y taciturno como era natural, porque al salir de allí iba á determinar el sitio y hora de una conjuración.

Apenas concluyó la comida se levantó, fué pasando con Berthier por todas las mesas, dirigió algunas palabras á los diputados y se retiró en seguida precipitadamente.

Entonces fué á casa de Sieyes para tomar con él las últimas disposiciones, y allí se convino en la clase de gobierno que había de reemplazar al actual. Decidióse también suspender por tres meses los Consejos y substituir á los cinco directores con tres cónsules interinos, que durante los tres meses conservasen una especie de dictadura y formasen una Constitución. Los tres cónsules debían ser: Bonaparte, Sieyes y Roger-Ducós.

En seguida se trató de los medios de ejecución, entre los cuales contaba Sieyes con la mayoría segura de los Ancianos; y como continuamente se hablaba de proyectos incendiarios de los jacobinos, imaginaron atribuirles un atentado contra la representación nacional. La comisión de inspectores de los Ancianos, que estaba de

parte de Sieyes, debía proponer que se trasladase á Saint-Cloud el cuerpo legislativo.

En efecto, la Constitución daba este derecho al Consejo de los Ancianos, el cual debía añadir á esta resolución otra para la que no se hallaba autorizado, y era la de confiar el cuidado de proteger la traslación á un general elegido por él, es decir, á Bonaparte. Los Ancianos debían al mismo tiempo conferirle el mando de la 17.ª división militar y de todas las tropas acantonadas en París. Bonaparte conduciría con estas fuerzas á Saint-Cloud el cuerpo legislativo, donde esperaban imponer la ley á los Quinientos y arrancarles el decreto de un consulado interino. En el mismo día debían presentar Sieyes y Roger-Ducós la dimisión de directores, proponiéndose conseguir lo mismo de Barras, Gohier y Moulins. El Directorio quedaba entonces desorganizado con la disolución de la mayoría, haciendo presente á los Quinientos que no existía ya gobierno y obligándoles á nombrar en seguida los tres cónsules.

El plan estaba perfectamente concebido, porque cuando se quiere hacer una revolución debe paliarse siempre la ilegalidad todo lo que sea posible; sirviéndose para destruir una Constitución de su mismo texto, y para derrocar á un gobierno de sus individuos mismos.

El 18 brumario fué el señalado para conseguir el decreto de traslación, y el 19 para la sesión decisiva en Saint-Cloud. Repartieronse los cargos, confiando á Sieyes y á sus amigos la misión de adquirir el decreto, y encargándose Bonaparte de manejar la fuerza armada y de conducir las tropas á las Tullerías.

Tomadas todas estas disposiciones, se separaron; no oyéndose hablar desde entonces por todas partes más que de un gran acontecimiento próximo á efectuarse, que es lo que ocurre siempre que sucede algo semejante. Sólo las revoluciones conocidas de antemano son las que fracasan.

Fouché se abstuvo de avisar á los tres directores, que no formaban parte de la conjuración; pero Dubois-Crancé, á pesar del respeto que tenía al talento militar de Bonaparte, era ferviente patriota, y habiendo tenido noticia del proyecto, fué á denunciarlo á Gohier y Moulins, quienes creían ver, sí, una extraordinaria ambición; pero no dieron fe á la proximidad de un movimiento. Barras era el único que lo sospechaba; pero, perdido de todos modos, se dejaba llevar cobardemente por los sucesos.

La comisión de los Ancianos que presidía el diputado Cornet fué la encargada de prepararlo todo en la noche del 17 al 18 para que se expidiese el decreto de traslación, cuidando de cerrar los postigos y correr las cortinas de las ventanas para que el público no advirtiese por la luz que se trabajaba de noche en la oficina de la comisión. Procuróse convocar al Consejo de los Ancianos para las siete de la mañana y al de los Quinientos para las once, pues de este modo se daba el decreto de traslación antes de que se reuniesen en sesión estos últimos; y como la Constitución prohibía toda deliberación desde el momento de promulgarse un decreto de traslación, cesaba por este medio en sus tareas la tribuna de los Quinientos, y así se ahorraaban desagradables cuestiones. Se cuidó además de retardar el aviso de convocación á ciertos diputados, pues con esto quedaban seguros de que los que inspiraban desconfianza no llegarían hasta después de expedido el decreto.

Bonaparte no dejó de tomar por sí todas las precauciones necesarias, siendo una de ellas la de llamar al coronel Sebastiani, que mandaba el 9.º de dragones para cerciorarse de la opinión del regimiento. Componíase éste de cuatrocientos hombres de infantería y seiscientos de caballería, y constaba de muchos jóvenes, aunque los que llevaban la voz eran los veteranos de Arcola y Rivoli. El coronel respondió del regimiento á Bonaparte, y acordó que, so pretexto de pasar revista, saliese á las cinco de los cuarteles, se distribuyera la gente, parte en la plaza de la Revolución y parte en el jardín de las Tullerías, y que el mismo coronel ocupase con doscientos caballos las calles de Mont-Blanc y de Chantereine.

Bonaparte envió á decir á los coroneles de los demás regimientos de caballería que les pasaría revista el 18, avisando también á los oficiales que solicitaban cumplimentarle, que los recibiría en la mañana del mismo día, pretextando un viaje para que no extrañasen la hora á que se los citaba. Advirtió también á Moreau y á todos los generales que asistiesen sin falta á la calle de Chantereine á la misma hora, y á Lefebvre le envió un edecán á media noche para que pasase á su casa á las seis de la mañana. Lefebvre era amigo del Directorio, pero Bonaparte contaba con que no resistiría al ascendiente que ejercía sobre él. No dió aviso alguno á Bernadotte ni á Augereau, y para alucinar á Gohier, tuvo la precaución de hacerse convidar á comer en su casa para el mismo día 18 con toda su familia, rogándole en cambio, por medio de su mujer, que á las ocho de la mañana siguiente fuese á almorzar á la calle de Chantereine, con el objeto de decidirle á presentar su dimisión.

Llegó, por fin, la mañana del día 18, y desde muy temprano se observó por todas partes un movimiento imprevisto, aun por los mismos que concurrían á efectuarlo. Recorría los bulevares mucha caballería, y acudían de gran gala á la calle de Chantereine todos los generales y oficiales que había en París, ajenos del gran número de personas con que iban á encontrarse. Los diputados de los Ancianos acudían á los escaños sorprendidos de tan repentina convocación, y la mayor parte de los Quinientos ignoraban lo que se preparaba. Gohier, Moulins y Barras tampoco sabían nada; pero Sieyes y Royer-Ducós, que hacía algún tiempo estaban tomando lecciones de equitación, se hallaban ya á caballo en dirección de las Tullerías.

Luego que se reunieron los Ancianos, el presidente de la comisión de inspectores tomó la palabra en estos términos:

«La comisión encargada de vigilar por la seguridad del cuerpo legislativo, ha sabido que se tramaban siniestros planes, que acuden muchos conspiradores á París, donde celebran conciliábulos y preparan atentados contra la libertad de la representación nacional.»

El diputado Cornet añadió que el Consejo de los Ancianos tenía á su alcance el medio de salvar á la república, del cual debía aprovecharse; que éste era trasladar el cuerpo legislativo á Saint-Cloud para librarle de los atentados de los conspiradores, y asegurar entretanto la tranquilidad pública, encargándola á un general capaz de defenderla, eligiendo al efecto á Bonaparte.

No bien concluyó la lectura de esta proposición y del proyecto de decreto que la acompañaba, cuando se manifestó cierta conmoción en el Consejo. Intentaron ope-

nerse algunos individuos, mas la apoyaron Cornudet, Lebrún, Fargues y Regnier. El nombre de Bonaparte que se había alegado, y con cuyo apoyo se creían seguros, decidió á la mayoría, y á las ocho ya estaba dado el decreto. Por él se mandaba trasladar los Consejos á Saint-Cloud, adonde se les convocaba para el siguiente día á las doce. Nombrábase á Bonaparte general en jefe de todas las tropas pertenecientes á la 17.ª división militar, de la guardia del cuerpo legislativo, de la del Directorio y de la guardia nacional de París y sus alrededores. Hallábase á sus órdenes Lefebvre, comandante actual de la 17.ª división, y Bonaparte tenía orden de acudir á la barra á recibir el decreto y jurar en manos del presidente. A este fin se envió un mensajero de Estado para que inmediatamente pusiera el decreto en manos del general.

El diputado Cornet, que fué el encargado de esta misión, halló en los bulevares numerosa caballería y llenas de oficiales y generales, con uniforme de gala, las calles de Mont-Blanc y Chantereine. Todos acudían á la invitación de Bonaparte, cuyas salas eran demasiado reducidas para tanta gente, visto lo cual mandó abrir las puertas y se adelantó á la escalera, desde donde arengó á los oficiales diciéndoles que la Francia estaba en peligro y que contaba con ellos para que le ayudasen á salvarla.

El diputado Cornet le presentó entonces el decreto, tomóle en sus manos, lo leyó en voz alta, y preguntó al auditorio si podía contar con su apoyo. La respuesta fué empuñar las espadas y decir que estaban prontos á darle auxilio. También se dirigió á Lefebvre, el cual viendo las tropas en movimiento sin orden suya, preguntó muy irritado al coronel Sebastiani; pero éste, sin responderle, le obligó á entrar en casa de Bonaparte.

—Y bien, Lefebvre, le dijo entonces el general, vos que sois uno de los apoyos de la república, ¿queréis dejarla perecer en manos de esos *abogados*? Uníos á mí para ayudarme á salvarla... Tomad, añadió Bonaparte alargándole un sable, este es el sable que yo llevaba en las Pirámides; os le doy como prenda de mi afecto y confianza.

—Sí, replicó Lefebvre muy conmovido, echemos de cabeza al río á los *abogados*.

José había llevado á Bernadotte; pero viendo éste lo que se trataba de hacer, se retiró para ir á dar cuenta á los patriotas. Fouché no se hallaba en el secreto; pero al saber el acontecimiento, mandó cerrar las barreras y suspender la salida de los correos y carruajes públicos, yendo apresuradamente á decirselo á Bonaparte, protestando de su adhesión. Éste, que hasta entonces no había contado con él para nada, no le despreció, pero sí le dijo que sus precauciones eran inútiles, y que no debía cerrar las barreras ni suspender la marcha de las cosas, puesto que él obraba en favor de la nación y contaba con ella. Supo al mismo tiempo que Gohier no había querido acceder á su invitación, y manifestó algún enojo, mandándole á decir que porfaría inútilmente si trataba de resistir.

Montó en seguida á caballo para ir á las Tullerías y prestar juramento ante el Consejo de los Ancianos, y casi todos los generales de la república iban á su lado. Moreau, Macdonald, Berthier, Lannes, Murat y Leclerc se colocaron detrás como tenientes suyos. En las Tu-

lillas se encontró los destacamentos del 9.º, arengólos, y dejándoles entusiasmados, entró en el palacio.

Presentóse delante de los Ancianos, acompañado de tan soberbio estado mayor, y su presencia produjo muy vivo efecto, probando á aquel Consejo que se había asociado á un hombre poderoso, el cual tenía todos los medios necesarios para cambiar la situación. Acercóse al punto á la barra, y dijo:

«Ciudadanos representantes: la república iba á perecer y con vuestro decreto la habéis salvado. Desgraciados los que quieran oponerse á su ejecución: auxiliado por todos mis compañeros de armas, que veis reunidos alrededor de mí, sabré reprimir sus tentativas. En vano se buscan ejemplos en lo pasado para sobresaltar nuestros ánimos; nada se parece en la historia al siglo XVIII, ni nada de este siglo á su terminación... Queremos la república..., la queremos cimentada en la verdadera libertad y en el sistema representativo..., y juro que lo conseguiremos en mi nombre y en el de mis compañeros de armas...—¡Lo juramos todos!»; repitieron los generales y oficiales que se hallaban en la barra.

Sagaz era el modo con que acababa Bonaparte de prestar su juramento evitando el hacerlo en favor de la Constitución. Quiso un diputado tomar la palabra para hacer una observación, mas el presidente se la negó, á causa de que el decreto de traslación prohibía deliberar. Separáronse al punto, y Bonaparte pasó al jardín, donde montó nuevamente á caballo, y acompañado de todos los generales, pasó revista á los regimientos de la guarnición que iban sucesivamente llegando.

Dirigió una breve y enérgica proclama á los soldados, diciéndoles que iba á hacer una revolución que les proporcionaría abundancia y gloria, y por todas las filas resonaron los gritos de ¡Viva Bonaparte!

El tiempo estaba hermoso y la concurrencia era extraordinaria: todo parecía proteger el inevitable atentado que iba á poner término á la confusión con el poder absoluto.

En aquel instante, sabedores ya los Quinientos del golpe que se preparaba, acudieron atropelladamente al salón de sus sesiones, donde apenas reunidos llegó el mensaje de los Ancianos con el decreto de traslación. Al oír su lectura prorrumpieron en ruidosas exclamaciones gran número de diputados, pero el presidente Luciano Bonaparte les impuso silencio en virtud del artículo de la Constitución que no les permitía ya deliberar. Separáronse al punto los Quinientos, y los más acalorados se reunían unos en casa de otros, y formaban juntas para exhalar su indignación é idear medios de resistencia. Los patriotas de los arrabales, sabedores ya de lo que ocurría, se mostraban muy irritados y empezaban á amotinarse, teniendo por jefe á Santerre.

En tanto Bonaparte, terminado que hubo la revista de las tropas, volvió á las Tullerías, presentándose en el seno de la comisión de inspectores de los Ancianos. La de los Quinientos se había ya adherido en su totalidad á la nueva revolución, accediendo á todo lo que se preparaba. Allí debía efectuarse todo, con pretexto de verificar la traslación, asistiendo Bonaparte á su sesión permanente.

Ya había acudido el ministro de Justicia Cambacères, como asimismo Fouché, Sieyes y Roger-Ducós acababan de presentar su dimisión; pero interesaba te-

ner otra más en el Directorio, porque entonces quedaba disuelta la mayoría, no existía poder ejecutivo, y por lo tanto no debía temerse ninguna resolución enérgica de su parte, y así, no esperando á que la presentase Gohier ni Moulins, fueron Mr. de Talleyrand y el almirante Bruix á persuadir á Barras á dar la suya.

En seguida distribuyó Bonaparte el mando de las tropas, encargando á Murat que con numerosa caballería y un cuerpo de granaderos fuese á ocupar á Saint-Cloud. Colocó á Serrurier con una reserva en *Point-du-jour*; confió á Lannes el mando de las tropas que custodiaban las Tullerías, dando en seguida á Moreau una extraña comisión, y á la verdad la menos honrosa de todas en tan gran acontecimiento: le encargó que fuese con quinientos hombres á guardar el Luxemburgo, dándole por instrucciones que bloquease á los directores con el pretexto de afianzar su seguridad, y les prohibiese absolutamente toda comunicación exterior. Bonaparte ordenó al mismo tiempo al comandante de la guardia del Directorio que le obedeciese, dejando con su tropa el Luxemburgo é incorporándose con él en las Tullerías. Finalmente, tomó, con el auxilio de Fouché, una importantísima precaución, y fué que como el Directorio tenía facultad de suspender los ayuntamientos, el ministro Fouché, obrando en el concepto de ministro de la policía y como si le hubiera autorizado el Directorio, suspendió los doce ayuntamientos de París, privándoles de toda su potestad. De este modo no tenían los patriotas ningún punto de reunión, ni en el Directorio ni en los doce ayuntamientos, que habían substituído al grande ayuntamiento de otro tiempo. En seguida mandó Fouché fijar un bando para invitar á los ciudadanos al orden y tranquilidad, asegurándoles que se trataba en aquellos momentos de salvar de inminentes riesgos á la república.

Todas aquellas medidas produjeron muy buen efecto, quedando generalmente reconocida la autoridad de Bonaparte, á pesar de que el Consejo de los Ancianos no obró constitucionalmente al conferírsele. Éstos podían mandar, en efecto, la traslación, pero no nombrar un jefe supremo de la fuerza armada.

Moreau, según lo dispuesto por Bonaparte, pasó al Luxemburgo y lo bloqueó con quinientos hombres, en tanto que el comandante de la guardia directorial Jubé, obedeciendo las órdenes que acababa de recibir, mandó montar á caballo á su tropa y se dirigió á las Tullerías.

Los tres directores Gohier, Moulins y Barras permanecían entretanto en una terrible ansiedad, y conociendo por fin los dos primeros que se les había ocultado la conjuración, pasaron á la habitación de Barras para saber si quería sostenerse con ellos y formar mayoría; pero el voluptuoso director estaba en el baño y apenas sabía lo que ejecutaba en París Bonaparte. «¡Ese hombre, exclamó con una expresión grosera, nos ha engañado á todos!» Ofreció unirse á sus colegas, porque él siempre lo prometía todo, y envió á su secretario Bottot á las Tullerías para adquirir noticias; pero apenas le dejaron Gohier y Moulins, cayó en manos de Bruix y de Talleyrand. No era difícil darle á entender la impotencia á que se veía reducido, ni era de esperar que quisiese sucumbir gloriosamente en defensa de la Constitución directorial. Prometiéronle tranquilidad y fortu-

na, y accedió á dar su dimisión, á cuyo efecto firmó una carta que ya le presentaron escrita, y que Talleyrand y Bruix se apresuraron á llevar á Bonaparte. Gohier y Moulins hicieron después inútiles esfuerzos para verle, hasta que supieron que acababa de renunciar.

Aislados entonces los dos directores y sin facultad para deliberar, no sabían lo que hacer, aunque sin embargo querían desempeñar fielmente sus deberes respecto á la Constitución del año III. Por tanto, resolvieron pasar á la comisión de inspectores para saber si sus dos colegas Sieyes y Ducós querían reunirse á ellos, y formando la mayoría, promulgar al menos el decreto de traslación. Triste recurso era éste; mas no siendo posible reunir una fuerza armada, ni alzar un estandarte contrario al de Bonaparte, era inútil ir á las Tullerías á contrarrestarle en medio de su gente y defensores.

Sin embargo, habiendo manifestado deseos de presentarse allí, los dejaron marchar. Llegaron al palacio y hallaron á Bonaparte rodeado de Sieyes, Ducós, muchos diputados y un numeroso estado mayor, en el momento que acababa de recibir muy mal á Bottot, el secretario de Barras, diciéndole en voz alta: «¿Qué se ha hecho de aquella Francia que yo dejé tan brillante? Dejé la paz y he hallado la guerra; dejé victorias y he hallado descalabros; dejé los millones de Italia, y he hallado leyes expoliadoras y la miseria. ¿Dónde están aquellos cien mil franceses que yo conocía, compañeros todos de mi gloria? ¡Ninguno existe!» Bottot se retiró aterrado, pero al mismo tiempo llegó la dimisión de Barras y se tranquilizó el general. Entonces dijo á Gohier y á Moulins que los veía con satisfacción, y que contaba con su renuncia porque los creía muy buenos ciudadanos para que se opusieran á una revolución inevitable y provechosa. Gohier respondió con entereza que iba con su colega Moulins á procurar la salvación de la república. «Sí, respondió Bonaparte, salvarla, ¿y con qué?; ¿con los recursos de la Constitución que se desploma por todas partes?—¿Y quién ha dicho eso?, replicó Gohier; hombres que no tienen valor ni voluntad para sostenerla.» Trábase una disputa bastante acalorada entre Gohier y Bonaparte, y estando en ella presentaron un oficio al general en que se le participaba el grande motín del arrabal de San Antonio. «General Moulins, dijo Bonaparte, ¿sois pariente de Santerre?—No, respondió Moulins, no soy su pariente, pero sí su amigo.—Veo, añadió Bonaparte, que ha alborotado los arrabales; decidle que al primer movimiento lo mando fusilar.» Moulins replicó con energía á Bonaparte, quien le repitió que mandaría fusilar á Santerre. Continuando el altercado con Gohier, el general le dijo por último: «La república pelagra, es preciso salvarla... ¡Yo lo quiero! Sieyes y Ducós han hecho dimisión y Barras acaba de enviar la suya. Sois dos hombres aislados y no podéis hacer nada; así os aconsejo que no opongáis resistencia de ninguna especie.» Gohier y Moulins respondieron que no abandonarían su puesto y se volvieron al Luxemburgo, quedando desde aquel momento encarcelados, separados uno de otro y privados de toda comunicación, en virtud de las órdenes que Bonaparte dió á Moreau. Barras acababa de salir para su casa de campo de Gros-Bois, escoltado por un destacamento de dragones.

No existía, pues, ya el poder ejecutivo; Bonaparte era el único que disponía de la fuerza, y todos los ministros se hallaban reunidos á su lado en la comisión de inspectores, de donde emanaban todas las órdenes como del único punto en que existía una autoridad organizada. Terminóse el día con bastante tranquilidad. Los patriotas formaban numerosas reuniones y tomaban desesperados acuerdos, aunque sin creer que fuese posible ejecutarlos: ¡tal era el temor que inspiraba el ascendiente de Bonaparte sobre la tropa!

Por la noche se celebró consejo en la comisión de inspectores con el fin de convenir entre los principales miembros de los Ancianos lo que al día siguiente habían de hacer en Saint-Cloud. El proyecto convenido con Sieyes era proponer el aplazamiento de los Consejos con un consulado interino; pero esta proposición presentaba algunas dificultades, y muchos individuos de los Ancianos que habían contribuído á expedir el decreto de traslación, tenían ahora el predominio del partido militar. No se habían figurado que se tratase de crear una dictadura para Bonaparte y sus dos asociados; sólo hubieran querido formar de otro modo el Directorio, y aun consentido, á pesar de la edad del general, en nombrarle para aquel cargo. Hicieron la proposición, pero Bonaparte respondió con resuelto tono que no podía seguir la Constitución, que se necesitaba una autoridad más concentrada, y sobre todo, una tregua á los debates políticos que conmovían la república. Propusieron el nombramiento de los tres cónsules y la suspensión de los Consejos hasta el 1.º ventoso, y después de una larga discusión se aprobaron estas determinaciones. Eligieron por cónsules á Bonaparte, Sieyes y Ducós, extendiendo el proyecto para proponerse al siguiente día por la mañana en Saint-Cloud. Sieyes, que conocía perfectamente los impulsos revolucionarios, quería que se prendiera por la noche á cuarenta diputados de los que llevaban la voz en los Quinientos; pero Bonaparte no lo consintió y tuvo motivos de arrepentirse.

Pasóse la noche con bastante tranquilidad, y al siguiente día 19 brumario (10 de noviembre) desde muy temprano estaba cubierto de tropas, carruajes y curiosos el camino de Saint-Cloud. Habíanse preparado tres salones en el alcázar, uno para los Ancianos, otro para los Quinientos y el tercero para la comisión de inspectores y Bonaparte. Debían estar concluídos al mediodía los preparativos, pero no pudieron terminarse hasta las dos, cuyo retraso estuvo para dar al traste con los autores de la nueva revolución.

Paseábanse por los jardines de Saint-Cloud los diputados de ambos Consejos, conversando juntos con mucha animación. Irritados los de los Quinientos por haber sido en cierto modo expulsados por los Ancianos, sin darles tiempo ni aun para tomar la palabra, les preguntaban naturalmente lo que querían y lo que proyectaban para aquel día. «El gobierno está desorganizado, les decían, enhorabuena; convenimos en que es preciso reformarle y que es urgente: ¿queréis introducir en él en vez de hombres ineptos y sin nombradía otros de más prestigio?; ¿queréis colocar en él á Bonaparte?.. Pues aunque no tiene la edad que se requiere, también nos allanamos.» Estos argumentos sin réplica ponían en un conflicto á los Ancianos. Era preciso con-